CAPITULO VII

SOLEMNE PICARO

Segun deciamos en nuestro capítulo anterior, el obispo de Puebla se habia carteado con Calleja. Juzgó este indispensable despues de felicitar á su ilustrísima por su llegada, encargarle que estudiara el pais y le diera consejos para pacificarlo prontamente, lo que no hacia el virey en manera alguna con el ánimo deliberado de dar participacion al prelado en los asuntos públicos, sino como mera atencion porque venia con todas las ínfulas de un gran personage, llamándose íntimo amigo ó consejero de Fernando VII y porque habia tomado algun empeño en que fuera Calleja el sustituto de Venegas; pero S. Ilma. tomó muy á pechos la consulta y sin mas ni mas le enjaretó con toda franqueza en un extenso escrito los horrores que se decian del gobierno. Calleja puso en tortura su ima-

ginacion, la de su secretario Villamil, la de su poeta Roca y la de todos sus allegados para contestar la comunicacion del prelado, rebatiendo los cargos de una manera satisfactoria, y aunque á los de las hecatombes en masa, á los de la quema de los pueblos, á los de las fuertes exacciones que se imponian, á los de los despilfarros que se hacian en la corte y demas, pudieron encontrarles disculpa, no la hallaron para los latrocinios de Iturbide y demas gefes que tenian una conducta depravada, limitándose Calleja á decir sobre este punto que hasta entonces se habia visto obligado á disimular tales deslices si acaso existian como lo propalaba la fama pública; pero que ahora conforme á las sanas advertencias de su ilustrísima estaba resuelto á castigar todo desman y que con ese fin habia ordenado á Iturbide, el principal delincuente entre todos, se le presentara cuanto antes para que respondiera de su conducta ante el tribunal que debia juzgarlo. De esa manera, agregaba, se establecerá la moralidad en el ejército, bastando hacer un ejemplar en uno de los gefes mas distinguidos y así tambien el gobierno de su magestad quedará convencido de que en la Nueva España se obedecen las leyes y se observa el espíritu de armonía, de honradez y de sanos propósitos que tanto abundan en el corazon del gran monarca que preside los destinos de todos los españoles.

En esa virtud se habia ordenado á Iturbide que se presentara luego en México, sin decirle el objeto, lo mismo que se habian estado estudiando en el círculo

de Calleja los sesgos que debian darse al asunto para que quedara bien terminado.

Al otro dia, conforme lo habia ordenado, se presentaron en su despacho á las once de la mañana el viejo oidor Bataller, que era el factotum en todas aquellas administraciones vireynales, y D. Agustin de Iturbide con pocos segundos de diferencia. Avisaron al virey y este no se hizo esperar recibiéndolos en el salon de audiencias.

Iturbide habia pasado una de las noches mas terribles, no pudiendo conciliar el sueño bajo la preocupacion del género de quejas que se habrian hecho contra él al virey y la manera con que este las habria recibido, pues que no habia dejado adivinar si realmente su fallo le seria favorable ó adverso. Así es que el poco tiempo que pasó en la antesala no sirvió para presentarse ante los ojos de los que lo vieron sino con una actitud de las mas taciturnas é inquietas.

Bataller por su parte, que aunque conocia á Iturbide y sabia el objeto con que estaban allí ambos, era muy zorro para que pudiera soltar ninguna prenda hasta no hablar con el virey, habia permanecido como una tapia, así es que ambos personages en el momento en que entró Calleja, se sintieron como libres de cierta contrariedad que experimentaban, una vez que no se habian atrevido antes mas que á cruzar un saludo muy ceremonioso.

—Señores, les dijo el virey, despues de haberles estrechado la mano, tenemos que tratar prontamente el asunto que nos ocupa, porque hay muchas perso-

nas que me esperan y algunos negocios pendientes que estoy acordando con mi secretario que no admiten demora.

—Creo que vuestra excelencia nos dirá cuál es el asunto que vamos á tratar para apresurarnos por nuestra parte, le contestó el viejo Bataller con voz meliflua mirando de ganchete al coronel Iturbide.

—¡Ah! Su señoría el Sr. oidor Bataller que es tan perspicaz ¿no lo ha adivinado?

—Presumo, excelentísimo señor, que se trata de las impertinentes quejas que ha venido lanzando en su carta el arzobispo de Puebla contra algunos de nuestros principales gefes y oficiales.....

—Exactamente, le contestó Calleja, aquí tiene su señoría al señor coronel Iturbide que es uno de los principales acusados.

Como esto equivalia á una presentacion, Iturbide se levantó é hizo una gran reverencia al oidor que fué contestada por este con un movimiento de cabeza.

Como á Bataller, á mas de haber sido pérfido toda su vida, se le habia ido endureciendo el corazon de dia en dia hasta llegar á la completa insensibilidad, acostumbrándose á no ver en todo lo que le rodeaba mas que sus intereses personales ó los de su partido, habia tomado la costumbre de atormentar á todas las personas que caian en sus manos, ya fuera que conforme á dichos intereses tuviera de antemano formado el juicio para absolverlas ó condenarlas, gozándose en hacerlas sufrir para que se acordaran de él

si habian de sobrevivir y lo temieran, ó para que llevaran su recuerdo grabado hasta el último instante si eran condenados á muerte. Así es que aunque ya se sabia de memoria la carta del obispo que habia leido varias veces para ayudar á contestarla, le preguntó al virey con toda la perfidia de que era capaz, aunque demostrando el aire mas candoroso:

—¿Y de qué se acusa al señor coronel Iturbide?

El virey que se habia armado del expediente lo entregó á Bataller, diciéndole:

—Puesto que su señoría es el que tiene que dictaminar favorablemente para Iturbide en este negocio, aquí tiene las principales acusaciones que son las que tenemos que ir deshaciendo como podamos.

Al oir estas palabras del virey se animaron las miradas de Iturbide y cobró audacia, diciendo á Bataller:

—Yo proporcionaré á su señoría todas las pruebas necesarias para mi justificacion.

—Primero vamos viendo los cargos.

Y el implacable oidor, que como hemos dicho conocia cual era la conducta de Iturbibe en todos sus pormenores, no solo por aquellos datos que habia leido, sino por los informes verbales de multitud de personas que habian acudido al tribunal con sus quejas, se complació mucho en repetir delante de Iturbide y del virey todo lo que estaba allí y que en ligerísimo extracto conformándonos con lo que dice Alamán, era lo siguiente:

"Iturbide habia empañado sus glorias militares en-

tregándose á tráficos vergonzosos, tales como los de embargar las semillas de las haciendas y venderlas como suyas en Guanajuato.

Iturbide tan luego como regresó de México la primera vez en que fué á ponerse de acuerdo con el virey sobre los planes para la pacificacion de aquella provincia, habia llevado consigo á Guanajuato un cargamento de azogue y de otros artículos indispensables para las minas, recibiendo á cambio plata pasta al precio ínfimo de cuatro pesos y medio el marco.

Iturbide habia cuidado de dejar bien establecidas sus relaciones en la capital para que se le siguiera mandando lo que necesitaban los mineros, á los cuales obligaba por temor ó necesidad á que le compraran á los precios que se proponia, realizando ganancias de consideracion.

Iturbide retardaba ó apresuraba la llegada de los convoyes segun le convenia, pues algunas veces le favorecia que llegaran pronto porque allí iban sus efectos y podia realizarlos, mientras que otras veces le convenia que los convoyes no llegaran pronto ó fueran tomados por los insurgentes porque allí venian mercancias agenas que le podian hacer competencia.

Iturbide habia causado la ruina del comercio y la mineria por esos pérfidos procedimientos en que él y solo él era el aprovechado.

Iturbide habia ido tan adelante en sus depredaciones contra toda clase de particulares de los campos y de las ciudades de Querétaro y Guanajuato que algunos de ellos, aun á riesgo de incurrir en su desagrado y provocar las venganzas consiguientes que no se harian esperar en caso de que no recibieran apoyo de las autoridades superiores, se habian decidido á elevar respetuosa representacion al virey pidiéndole que fuera cuanto antes removido.

Iturbide habia sido cruel no solo con sus enemigos á los que nunca daba cuartel fueran de la categoria que fuesen, pertenecieran á uno ú otro sexo, ó contaran mucha ó poca edad, importándole tan poco la vida de los ancianos como la de los niños y la de las mugeres, sino lo que era mas abominable todavia, á sus mismos parientes y amigos les habia puesto la mano encima con frívolos pretextos, sirviéndose de la fuerza pública como de un elemento propio para satisfacer ruines venganzas. Sobre este particular Bataller se complació grandemente en ir nombrando á todas aquellas personas que Iturbide habia asesinado ó mandado asesinar, puesto en prisiones y cargado de cadenas, encontrándose entre estas algunas familias enteras que le eran muy allegadas. El mismo Calleja que era un hombre poco accesible á la compasion, sintió que un sudor frio le corria por la frente oyendo referir tan grandes infamias de que antes apenas se habia apercibido.

La lista de cargos que se hacian contra Iturbide, los unos por la fama pública como los detallados por el obispo de Puebla y los otros en su mayor parte de latrocinios cometidos en la zona de su mando era muy extensa y variada, pues que realmente llamaba la atencion que un hombre todavia jóven estuviera

provisto de una imaginacion tan fecunda para la maldad, como si tuviera un centenar de diablos metidos en el cuerpo, como con gracia decia poco despues Calleja contándole el caso á su secretario Villamil, que dió muchos brinquitos en su sillon diciendo con voz aflautada repetidas veces:—Qué abominable!

—¡Basta! dijo al fin Calleja muy enfadado de oir leer todas aquellas ignominias, interrumpiendo á Bataller que iba apenas en la tercera parte de la lectura del expediente, y ahora que nos haga favor de decirnos Iturbide cuales de todos esos cargos puede principalmente desvanecer.

Como en todo el tiempo que duró la lectura habia estado pensando Iturbide precisamente en esto, contestó sin ninguna vacilacion:

—¿Qué hombre público, principalmente cuando ha tenido como yo que hacer mal á muchas personas involuntariamente no tiene enemigos? Para poderse juzgar de todos esos hechos que se me acumulan, seria necesario haberse encontrado si no en mi misma situacion, al menos á mi lado para comprender los móviles que me guiaron las mas de las veces que fuí á quitar los elementos al enemigo. Así, los únicos que podrian dar testimonio de mi conducta serian los militares, las autoridades y los sacerdotes que han podido ver de cerca si he tenido ó no razon para obrar como lo he hecho. Los dueños de propiedades rurales, los comerciantes y los mineros son los menos apropósito para formar juicio del modo de proceder

de un militar que debe ver ante todo lo que es conveniente para el servicio del rey y en seguida cumplir con sus deberes en sus relaciones con los representantes del augusto monarca y de sus demas superiores.

—¡Ah! dijo Bataller, que una vez habiendo satisfecho su gusto de martirizar á su víctima queria proporcionarle los medios de salvarse, una vez que ese era el deseo del soberano, de manera que su señoria cree que si se pide un informe á esas personas que ha nombrado le vendrá enteramente favorable?

—Lo creo tanto mas, cuanto que es de justicia, dignísimo señor oidor, contestó Iturbide.

—Aquí es necesario que echemos fuera todo lo que es hipocresia y que hablemos claro. ¿Con qué personas cuenta el señor coronel Iturbide para que informen sobre su conducta favorablemente?

—Con todos, contestó aquel aturdido.

—Entonces no nos entendemos, insistió el oidor. Aquí tenemos todas estas quejas de personas muy principales de Guanajuato y Querétaro, sostenidas por el obispo de Puebla que es persona de grandísima influencia en la corte de España y para poderlos vencer á todos necesitamos proceder con toda cautela. Así, señor coronel Iturbide, le repetiré mi primera pregunta confidencial bajo la inteligencia de que el excelentísimo señor virey y yo lo que queremos es salvarlo de todas esas acusaciones: los hechos que se relacionan con este expediente ¿son ó no ciertos?

Iturbide guardó silencio desconcertándose completamente ante aquella franqueza brutal de Bataller; pero Calleja vino á su socorro diciéndole:

—No hay necesidad de ocultar la verdad entre amigos y mas cuando el virey está resuelto á sostener á uno de sus subalternos mas queridos y mas solícitos.

Animado Iturbide con esa seguridad contestó:

—Todo lo que se dice en esos informes es muy cierto y muchísimas mas cosas que pocos conocen, porque muchas veces en el calor de la pelea ó irritado por las contrariedades.....

—Nada de disculpas con nosotros, dijo Bataller interrumpiéndole, puesto que no vamos á condenar aunque haya doscientos mil crímenes, sino á absolver. Siendo todo eso cierto necesita el señor coronel Iturbide darme una lista de las personas que han de informar á su favor, para lo cual puede dirigirse á ellas anticipadamente previniéndoselos.

Iturbide dictó una lista de eclesiásticos, autoridades y militares de su devocion con quienes estaba seguro de contar anticipadamente, proponiéndose escribirles diciéndoles que rindieran favorable testimonio.

—Ahora, dijo el virey á Bataller, ya sabe su señoría, señor oidor, que el coronel Iturbide es nuestro amigo y que, aun en el remoto caso de que los informes lleguen á ser desfavorables en todo ó en parte, necesitamos su mas completa absolucion.

—Conozco mis deberes, excelentísimo señor, contestó el oidor inclinándose y sé cuando se debe condenar y cuando se debe hacer que la inocencia resplandezca en todo su fulgor.

Esto último lo dijo con una sonrisa sardónica que era muy péculiar en aquel hombre, que aunque no tenia conciencia sabia muy bien en qué casos debia mostrarse rigoroso, tibio ó complaciente hasta el mas bajo servilismo.

Iturbide dió las gracias á ambos personages con las palabras mas expresivas, pero como era hombre perspicaz y comprendia que aquel era el momento oportuno para aprovecharse de la situacion y sacar todas las ventajas posibles, agregó con tono meloso:

—De todas maneras, parece que esas quejas lo mismo que la carta del obispo de Puebla motivaron un procedimiento extraordinario y que en consecuencia hay que formar una causa.

—Cuya cabeza de proceso debe ser este expediente, contestó Bataller.

—En tal caso debo ser puesto en prision.

—¿En prision? exclamó Calleja, ¡ni por un solo momento!

—Lo considero indispensable, continuó diciendo Iturbide, para dar alguna satisfaccion á mis implacables enemigos.

—¡Oh! no, no; siguió insistiendo el virey, de ninguna manera.

—De todos modos, arguyó Iturbide, debe saberse que se me ha llamado, que el gobierno ha dudado de

mi lealtad, y en todo caso mi reputacion tiene que sufrir menoscabo.

Calleja se quedó un momento pensativo y luego preguntó á Bataller:

—Vamos, señor oidor, ¿no se le ocurre á su señoria algun medio de subsanar esa dificultad?

—Pues solamente uno que pueden considerar los quejosos como una burla y por tal motivo lo creo arriesgado.

—¿Cuál es?

—Que vuestra excelencia ocupe al coronel Iturbide, mientras se encuentra detenido, en alguna comision de confianza.

—¡Magnífico! exclamó Calleja, de ese modo hacemos ver que aunque por un lado pagamos tributo á la opinion pública, por el otro tenemos la decision de sostener en su puesto á nuestros amigos.

Iturbide sonrió lleno de júbilo y esperó con cierta ansiedad bien disimulada que terminara el incidente.

Calleja, despues de estar reflexionando unos momentos, dijo restregándose las manos:

—Mañana mismo saldrá el coronel Iturbide al frente de quinientos hombres en socorro de Concha que se encuentra muy apurado.

—Será pasado mañana, objetó Bataller, pues hay que asentar sus declaraciones y pedir las informaciones á Querétaro y Guanajuato.

Resuelto así el punto, Iturbide renovó sus agradecimientos á los dos personages y salió radiante de alegria.

Bataller se despidió momentos despues y el virey le dijo al oido:

—Es un pícaro de los mas redomados el tal Iturbide; pero es valiente y fiel partidario como pocos y necesitamos salvarlo.

—Lo salvaremos, excelentísimo señor; juro por todos los santos nuestros patronos, que lo salvaremos.

Y el viejo oidor atravesó las antesalas llevando en los labios su risita sarcástica.